

## CANTO VII

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria  
A do el temor jamás halló posada,  
Temor que honrosa muerte nos desvía  
Por una vida infame y deshonrada:  
En los peligros grandes la osadía  
Merece ser de todos estimada,  
El miedo es natural en el prudente,  
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban  
Los cansados caballos aguijando;  
Pues tanto de temor se apresuraban  
Que les daremos crédito aun callando:  
Con los prestos calcaños lo afirmaban,  
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;  
También los araucanos sin aliento,  
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados  
En el largo y veloz curso aflojaron,  
Y por el gran teson desalentados,  
A seis leguas de alcance los dejaron:  
Los nuestros del temor mas aguijados,  
Al entrar de la noche se hallaron  
En la estrema ribera de Biobío  
Adonde pierde el nombre y ser de río.

Y á la orilla un gran barco asido vieron  
De una gruesa cadena á un viejo pino,  
Los mas heridos dentro se metieron  
Abriendo por las aguas el camino;  
Y los demás con ánimo atendieron  
Hasta que el esperado barco vino,  
Y con la diligencia comenzada  
A la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarían  
Del trabajo y heridas maltratados;  
Algunos casi rostros no traían,  
Otros los traen de golpes levantados:  
Del infierno parece que salían,  
No hablan, ni responden elevados,  
A todos con los ojos rodeaban,  
Y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto  
Licencia de decir lo que pasaba,  
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,  
Súbito en triste tono levantaba  
Un alboroto y doloroso llanto,  
Que el gran desastre mas solemnizaba,  
Y al son discorde y áspera armonía  
La casa mas vecina respondía.

Quién llora el muerto padre, quién marido,  
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos,  
Mujeres, como locas sin sentido,  
Ansiosas tuercen las hermosas manos:  
Con el fresco dolor crece el gemido,  
Y los protestos de accidente vanos,  
Los niños abrazados con las madres  
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicandó  
Las voces y clamores esforzados  
Los muertos que murieron peleando,  
Y aquellos infelices despeñados:  
Mozas, casadas, viudas lamentando,  
Puestas las manos y ojos levantados  
Piden á Dios para dolor tan fuerte  
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban  
Al son de dolorosos instrumentos;  
Mas el día venido se atajaban  
Con otro mayor mal estos lamentos,  
Diciendo que á gran furia se acercaban  
Los araucanos bárbaros, sangrientos,  
En una mano hierro, en otra fuego,  
Sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando,  
Torpes y rudas lenguas desataba,  
Las cosas de Lautaro acrecentando,  
Los enemigos ánimos menguaba;  
Que ya cada español casi temblando,  
Dando fuerza á la fama, levantaba  
Almas flaco araucano hasta el cielo,  
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse  
Y la triste ciudad desamparalla,  
Diciendo que no pueden sustentarse  
Contra los enemigos en batalla:  
Corrillos comenzaban á formarse,  
La voz comun aprueba el despoblalla;  
Algunos con razones importantes  
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas  
Del temor y el amor de la hacienda;  
La poca gente, muertes y heridas,  
Dicen que la ciudad no se defienda;  
Las haciendas y rentas adquiridas  
Al liberal temor cogen la rienda;  
Mas luego se esforzó y creció de modo,  
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende  
Desamparar el pueblo y propio nido,  
El temeroso vulgo aun no lo entiende;  
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido,  
Visto el público trato, mas no atiende,  
Que súbito, alterado y removido  
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,  
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando  
La venida del bárbaro guerrero;  
Quién aguija á la silla procurando  
Cincharla en al caballo mas lijero:  
Las encerradas vírgenes llorando  
Por las calles sin manto ni escudero,  
Atónitas de acá y de allá, perdidas,  
A las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas  
De las queridas madres apartadas,  
Balando van perdidas presurosas  
Haciendo en poco espacio mil paradas,  
Ponen atenta oreja á todas cosas,  
Corren aquí y allí desatinadas:  
Así las tiernas vírgenes llorando  
A voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece  
El llanto, la afliccion y el alarido;  
Tal vez ¡ay! que de súbito enmudece,  
Reduciendo el sentir solo al oido;  
Cualquier sombra Lautaro les parece,  
Su rigurosa voz cualquier ruido;  
Alzan la grita y corren, no sabiendo  
Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa  
Los suspiros, clamores y lamento,  
Haciéndolos mayores cualquier cosa  
Que trae de nuevo el miedo por el viento:  
Desampara la turba temerosa  
Sus casas, posesion y heredamiento,  
Sedas, tapices, camas, recamados,  
Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas, requiriendo  
Que no sea la ciudad desamparada,  
Responde el principal: «yo no lo entiendo  
Ni de mi voluntad soy parte en nada»;  
Pero el temor un viejo posponiendo  
Les dice: «Gente vil, acobardada,  
Deshonra del honor y ser de España,  
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»

No fué esta correccion de algun provecho,  
Ni otras cosas que el viejo les decía;  
Muestran todos hacerse á su despecho,  
Y van al que mas corre ya la vía:  
Es justo que la fama cante un hecho  
Digno de celebrarse hasta en el día  
Que cese la memoria por la pluma,  
Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama  
Noble, discreta, valerosa, osada,  
Es aquella que alcanza tanta fama  
En tiempo que á los hombres es negada:  
Estando enferma y flaca en una cama,  
Siente el grande alboroto; y esforzada,  
Asiendo de una espada y un escudo,  
Salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,  
Volviendo atrás los rostros afligidos  
A las casas y tierras que dejaban,  
Oyendo de gallinas mil graznidos,  
Los gatos con voz hórrida maullaban,  
Perros daban tristísimos aullidos;  
Progne con la turbada Filomena  
Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,  
Que dello daba indicio y muestra clara,  
Con la espada desnuda lo impedía,  
Y en medio de la cuesta y dellos para,  
El rostro á la ciudad vuelto decía:  
«¡Oh valiente nacion, á quien tan cara  
Cuesta la tierra y opinion ganada  
Por el rigor y filo de la espada!»

»Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza  
Que contra los que así temeis mostrastes?  
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza  
De la inmortalidad á que aspirastes?  
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,  
Y el natural valor de que os preciastes?  
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,  
Que no viene ninguno tras nosotros?

»¡Oh cuántas veces fuistes imputados  
De impacientes, altivos, temerarios,  
En los casos dudosos arrojados,  
Sin atender á medios necesarios;  
Y os vimos en el yugo traer domados  
Tan gran número y copia de adversarios,  
Y emprender y acabar empresas tales  
Que distes á entender ser inmortales!

»Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,  
Por vos de sus cimientos levantado,  
Mirad los campos fértiles, viciosos,  
Que os tienen su tributo aparejado;  
Las ricas minas y los caudalosos  
Ríos de arenas de oro, y el ganado  
Que ya de cerro en cerro anda perdido  
Buscando á su pastor desconocido.

»Hasta los animales, que carecen  
De vuestro racional entendimiento,  
Usando de razon, se condolecen  
Y muestran doloroso sentimiento:  
Los duros corazones se enternecen  
No usados á sentir, y por el viento  
Las fieras la gran lástima derraman,  
Y en voz casi formada nos infaman.

»Dejais quietud, hacienda y vida honrosa  
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,  
Por ir á casa ajena embarazosa  
A do tendremos misera acogida:  
¿Qué cosa puede haber mas afrentosa,  
Que ser huésped toda nuestra vida?  
Volved, que á los honrados vida honrada  
Les conviene, ó la muerte acelerada.

»Volved, no vais así desa manera,  
Ni del temor os deis tan por amigos,  
Que yo me ofrezco aquí, que la primera  
Me arrojaré en los hierros enemigos:  
Haré yo esta palabra verdadera,  
Y vosotros sereis dello testigos:  
Volved, volved,» gritaba... pero en vano,  
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado  
Que piensa reducir con persuasiones  
Al hijo del propósito dañado,  
Y está alegando en vano mil razones,  
Que el hijo incorregible y obstinado  
Le importunan y cansan los sermones:  
Así al temor la gente ya entregada  
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza  
Por las sienas la Jáculo serpiente  
Sin perder de su vuelo lijereza,  
Llevándole la vida juntamente,  
Como la odiosa plática y braveza  
De la dama de Nidos por la gente;  
Pues apenas entró por un oído  
Cuando ya por el otro había salido.

Sin escuchar la plática del todo,  
Llevados de su antojo caminaban;  
Mujeres sin chapines por el lodo  
A gran priesa las faldas arrastraban:  
Fueron doce jornadas deste modo,  
Y á Mapochó al fin dellas arribaban.  
Lautaro que se siente descansado  
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,  
Pues él no se descuida en nuestro daño,  
Y adonde le dejamos volveremos,  
Que fué donde dejó el alcance estraño;  
En muy poco papel resumiremos  
Un gran proceso y término tamaño.  
Que fuera necesario larga historia  
Para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada  
Me detendré lo menos que pudiere,  
Y las cosas menudas de pasada  
Tocaré lo mejor que yo supiere;  
Pido que atenta oreja me sea dada,  
Que el cuento es grave y atencion requiere,  
Para que con curiosa y fácil pluma  
Los hechos destes bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,  
Volviendo al hijo de Pillán gozoso,  
Que atrás un largo trecho había quedado  
Mas por autoridad que de medroso,  
Al general despachan un soldado,  
Alojándose el campo en el gracioso  
Valle de Talcamábida importante,  
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia  
La estancia y heredad en aquel valle,  
Halló un indio cristiano por la via;  
Pero no se preciando de matalle,  
Prisionero á su casa le traia,  
Y comienza en tal modo á razonalle:  
«La vida, ¡oh miserable! quiero darte,  
Aunque no la mereces por tu parte.

»Pues que ya que á la guerra tú venias  
Gozando del honor de los guerreros,  
¿Por qué con las mujeres te escondias  
Viendo á hierro morir tus compañeros?  
Mujer debes de ser, pues que temias  
Tanto de alguna espada los aceros:  
Y así quiero que tengas el oficio  
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase  
Que á la mujer honesta es permitido,  
Y la posada y cena concertase  
En tanto que del sueño convencido  
Los fatigados miembros recrease;  
Y habiéndose á su cama recogido,  
Al mundo el sol dos vueltas había dado,  
Y no había el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo  
Como si de mil años fuera muerto,  
Hasta que el claro sol dió luz al mundo  
A la vuelta tercera, que despierto  
Pidió la usada ropa, y lo segundo  
Si estaba la comida ya en concierto;  
El diligente siervo respondia,  
Que después de guisada estaba fria.

Diciéndole también como había estado  
Cincuenta horas de término en el lecho  
Del trabajo y manjares olvidado,  
Con todo lo demás que se había hecho,  
Y que el comer estaba aparejado  
Si del sueño se hallaba satisfecho.  
El bárbaro responde: «no me espanto  
De haber sin despertar dormido tanto;

»Que el cuidadoso Lautaro apercebido  
Por hacer desear vuestra llegada,  
La gente en escuadrones ha tenido  
Con tanta disciplina castigada,  
Que aun el sentarnos era defendido  
En acabando Apolo su jornada,  
Hasta que ya los rayos de su lumbre  
Nos daban de la vuelta certidumbre.

»Si alguno de su puesto se movia,  
Sin esperar descargo le empalaba,  
Y aquel que descansando se dormia  
En medio de dos picas le colgaba:  
Quien cortaba una espiga, allí moria,  
Demás de la racion que se le daba;  
Con órdenes estrechas y preceitos  
Nos tuvo, como digo, así sujetos.

»Desta suerte estuvimos los soldados  
Mas de catorce noches aguardando,  
Las picas altas, á ellas arrimados,  
Vuestra tarda venida deseando:  
Del sueño y del cansancio quebrantados,  
Pasando gran trabajo, hasta cuando  
Supimos que llegábades ya junto,  
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

Viendo el silencio que en el valle habia,  
Le pregunta si el campo era partido;  
El mozo dice: ayer, antes del dia,  
Salió de aquí con súbito ruido;  
Afirmarte la causa no sabria,  
Aunque por claras muestras he entendido  
Que la ciudad de Penco torreada  
Era del español desamparada.

Así era la verdad, que caminado  
Habian los escuadrones vencedores  
Acia el pueblo español desamparado  
De los inadvertidos moradores:  
La codicia del robo y el cuidado  
Les puso espuelas y ánimos mayores,  
Siete leguas del valle á Penco habia,  
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas, ya la gente  
Se reparte por todos los caminos,  
Porque el saco del pueblo sea igualmente  
Lleno de ropa y falto de vecinos:  
Apenas la señal del partir siente;  
Cuando cual negra banda de estorninos  
Que se abate al monton del blanco trigo,  
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende  
El presto asalto y fiera arremetida  
De la bárbara furia, que deciente  
Con alto estruendo y con veloz corrida;  
El menos codicioso allí pretende  
La casa mas copiosa y bastecida:  
Vienen de gran tropel acia las puertas  
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,  
Y en un punto escudriñan los rincones,  
Muchos por no engañarse por el tiento  
Rompen y descerrajan los cajones,  
Baten tapices, rimas y ornamento,  
Camas de seda y ricos pabellones,  
Y cuanto descubrir pueden de vista,  
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego  
Entró por el troyano alojamiento,  
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,  
Talandó hasta en el último cimiento;  
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,  
El bárbaro del robo no contento  
Arruina, destruye, desperdicia,  
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera y quién la baja,  
Quién á la ropa y quién al cofre aguija,  
Quién abre, quién desquicia y desencaja,  
Quién no deja fardel, ni baratija,  
Quién contiene, quién riñe, quién baraja,  
Quién alega y se mete á la partija:  
Por las torres, desvanes y tejados  
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,  
Priesa y solicitud cuando fabrican  
En el panal la miel con providencia,  
Que á los hombres jamás lo comunican;  
Ni aquel salir, entrar y diligencia  
Con que las tiernas flores melifican,  
Se puede comparar ni ser figura  
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta  
La casa que le da cierta ventura,  
Que la insaciable voluntad sedienta  
Otra de mayor presa le figura:  
Haciendo codiciosa y necia cuenta  
Busca la incierta y deja la segura,  
Y llegando el sol puesto á la posada  
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,  
Que poca cuenta y amistad habia,  
Si no se pone en salvo á buen recado,  
Que allí el mayor ladrón mas adquiria:  
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado  
Va que del propio hermano no se fia:  
Mas parte á ningun hombre se concede  
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen  
Las guardosas hormigas avisadas,  
Que á la abundante troje van y vienen,  
Y andan en acarretos ocupadas,  
No se impiden, estorban, ni detienen,  
Dan las vacías el paso á las cargadas:  
Así los araucanos codiciosos  
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,  
Que presto pone fuego al aposento,  
No aguarda que los otros salgan fuera,  
Ni tiene al edificio miramiento:  
La codiciosa llama de manera  
Iba en tanto furor y crecimiento,  
Que todo el pueblo mísero se abrasa,  
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,  
Los cielos amenaza el son horrendo,  
De negro humo espeso y viva llama  
La infelice ciudad se va cubriendo:  
Treme la tierra en torno, el fuego brama  
De subir á su esfera presumiendo,  
Caen de rica labor maderamientos  
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro  
Que estaba en lo poblado de la tierra,  
Y adonde mas riquezas y tesoro,  
Segun fama, en sus términos se encierra.  
¡Oh, cuantos vivirán en triste lloro  
Que les fuera mejor continua guerra!  
Pues es mayor miseria la pobreza  
Para quien se vió en próspera riqueza.

A quién diez, y á quién veinte, y á quién treinta  
Mil ducados por año les rentara,  
El mas pobre tuviera mil de renta,  
De aquí ninguno dellos abajara:  
La parte de Valdivia era sin cuenta  
Si la ciudad en paz se sustentara,  
Que en torno la cercaban ricas venas,  
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian  
A los de la ciudad desamparada,  
Sacar tanto oro en cantidad podian,  
Que á tenerse viniera casi en nada:  
Esto que digo y la opinion perdian  
Por aflojar el brazo de la espada,  
Ganados, heredades, ricas casas,  
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grito de los bárbaros se entona,  
No cabe el gozo dentro de sus pechos,  
Viendo que el fuego horrible no perdona  
Hermosas cuadras ni labrados techos:  
En tanta multitud no hay tal persona  
Que en verlos no se duela así deshechos;  
Antes suspiran, gimen y se ofenden,  
Porque tanto del fuego se defienden.

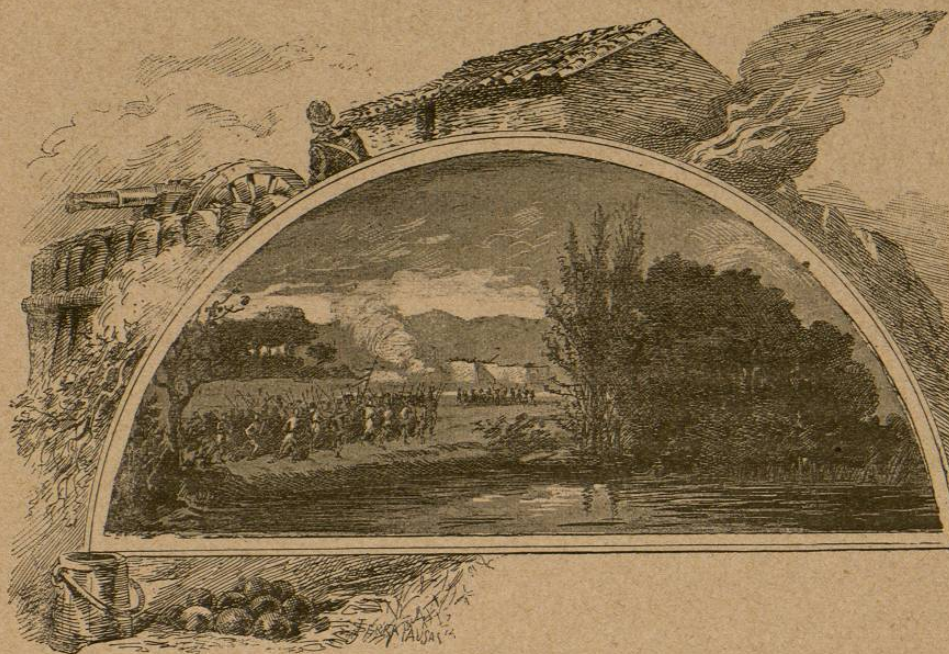
Paréceles que es lento y espacioso,  
Pues tanto en abrasarlos se tardaba,  
Y maldicen al tracio proceloso  
Porque la flaca llama no esforzaba:  
Al caer de las casas sonoro  
Un terrible alarido resonaba,  
Que junto con el humo y las centellas  
Subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado,  
Que las mas altas nubes encendia,  
Tracio con movimiento arrebatado  
Sacudiendo los árboles venia,  
Y Vulcano, al rumor sucio y tiznado,  
Con los herreros fuelles acudia  
Que ayudaron su parte al presto fuego;  
Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto  
De ver en la gran Roma poderosa  
Prendido el fuego ya por cada canto,  
Vista sola á tal hombre deleitosa:  
Ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto  
Gusta la gente bárbara dañosa  
De ver cómo la llama se estendia,  
Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oír, dura y terrible,  
 Los estallidos y fornace estruendo,  
 El negro humo, espeso é insufrible,  
 Cual nube en aire así se va imprimiendo:  
 No hay cosa reservada al fuego horrible,  
 Todo en sí lo convierte, resumiendo  
 Los ricos edificios levantados  
 En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento  
 De aquella fiera gente vengativa,  
 Aun no parando en esto el mal intento,  
 Ni planta en pié, ni cosa dejan viva:  
 El incendio acabado como cuento,  
 Un mensajero con gran priesa arriba  
 Del hijo de Leocán, y su embajada  
 Será en el otro canto declarada.



## CANTO VIII

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Aranco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido  
 Jamás puede olvidar aquella afrenta,  
 Trayendo al hombre siempre así encogido,  
 Que dello sin hablar da larga cuenta;  
 Y en el mayor contento desabrido  
 Se le pone delante y representa  
 La dura y grave afrenta con un miedo,  
 Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran  
 Y al temor con esfuerzo resistieran,  
 Sus haciendas y casas sustentaran  
 Y en la justa demanda fenecieran;  
 De mil desabrimientos no gustaran,  
 Ni al terreno del vulgo se pusieran,  
 Del vulgo, que jamás dice lo bueno,  
 Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y otro contemplada  
 La diferencia en número de gentes,  
 La ciudad sin reparos, descercada,  
 Con otra infinidad de inconvenientes;  
 Y el ver puestas al filo de la espada  
 Las gargantas de tantos inocentes,  
 Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,  
 Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,  
 Se puede atribuir este suceso  
 A que fué del Señor justo castigo,  
 Visto de su soberbia el gran esceso,  
 Permitiendo que el bárbaro enemigo,  
 Aquel que fué su súbdito y opreso,  
 Los eche de su tierra y posesiones,  
 Y les ponga el honor en opiniones.